

EL HOMBRE LOBO
Y
OTRAS BESTIAS

*Psicópatas, mujeres diabólicas y
monstruos del crimen*

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN



Colección: Investigación abierta
www.nowtilus.com

Título: El hombre lobo y otras bestias
Autor: © Francisco Pérez Abellán
Editores: Graciela de Oyarzábal
José Luis Torres Vitolas

© 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Ediciones Noufront
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9967-008-9
Fecha de publicación: noviembre 2010

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-2612 / 2010

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
EL AVANCE DE LOS PSICÓPATAS.....	17
1. El hombre lobo y otras bestias.....	19
2. Jarabo, el señorito que gastaba demasiado	29
3. Luis Patricio Andrés, el asesino de la furgoneta ...	35
4. Fernando Alberto Rivero Vélez, el fantasma del hotel.....	39
5. Joaquín Ferrándiz, el quijote violador	43
6. Javier Rosado, pitagorín criminal	47
7. Emilio Muñoz, ladrón de ricos.....	51
8. Antonio Anglés, el hombre que nunca existió	55
9. Joaquín Villalón Díez, un cliente de lujo.....	59
10. José Juan Martín Montañez, descuartizador	63
11. Enriqueta Martí, Sacamantecas de Barcelona	67
12. José Ignacio Orduña, el castigo de Lesseps	71
13. Francisco García Escalero, Matamendigos.....	75
14. Santiago San José Pardo, <i>el Lobo feroz</i>	79
15. <i>El Solitario</i> , atracador asesino	83
16. Alfredo Galán, el as de copas.....	87

17. Pedro Jiménez, ¿matapolicias?	91
18. Pietro Arcan, el demonio del hogar	95
19. Juan Díaz de Garayo, <i>Zurrumbón</i>	99

MUJERES DIABÓLICAS

20. Paquita, <i>la Fogosa</i> , reina de Internet	105
21. Elfriede, la ludópata que odiaba a los hombres..	111
22. Aileen Wuornos, la araña de la autopista.....	117
23. Patricia, la mejor joya de Gucci.....	123
24. Pilar Prades, el matahormigas está servido.....	129
25. Higinia Balaguer y el misterio del pañuelo	133
26. Ruth Snyder y sus planes para una nueva vida...	139
27. Isabel Padilla, crimen a la insulina.....	145
28. Martha Beck, la de los Corazones Solitarios	151
29. Encarnación, la ladrona de vidas	157
30. Margarita, que envenenaba sin la intención de matar	163
31. Isabel, la falsa embarazada.....	169
32. Margarita Jimeno, el crimen por encargo	175

GRANDES MONSTRUOS DEL CRIMEN

33. Ted Bundy, el guapo peligroso	183
34. Albert DeSalvo, el estrangulador	189
35. Rodríguez Vega, asesino de ancianas	195
36. Manuel Delgado Villegas, <i>el Arropiero</i>	205
37. Harold Shipman, <i>el Doctor Muerte</i>	211
38. Issei Sagawa, el caníbal japonés	215
39. John Gotti, el último padrino	221
40. Jeffrey Dahmer, <i>el carnicero de Milwaukee</i>	227
41. David Berkowitz, <i>el Hijo de Sam</i>	233
42. Peter Kürten, <i>el Vampiro de Dusseldorf</i>	239

HOMENAJES Y MALDICIONES.....	243
43. Paul Naschy, que viene el lobo	245
44. Réquiem por el último padre coraje	249
45. Miguel Grima, fagocitado por ser un hombre bueno.....	253
46. Andanzas de <i>Caraquemada</i>	257
47. Ponerse como <i>el Quico</i>	263
48. El atraco del que nunca más se supo	269
49. <i>El Lute</i> se acuerda mal.....	273
50. Nagore, muerta con una sola mano.....	279
51. Homicidio sin cadáver: el Crimen de Cuenca ...	285
52. Asesinos cada vez más guapos	291
53. Las claves políticas del crimen.....	295
54. Psicopatología de los billetes tintados.....	299
55. Retorno al crimen de Atapuerca.....	303
56. Si me despides, mi sicario te mata.....	309
57. Tacita a tacita, roban a la Policía cien kilos de droga	313
58. Tomásín, el asesino de los permisos.....	319
59. El dolor del verdugo	323
60. Los crímenes de la cocaína	327
61. Bala perdida en pistola de diamantes.....	331
62. El <i>Chuchi</i> los tenga chachi en su gloria.....	335
63. Rangel, el asesino del parking	341
Bibliografía	345

PRÓLOGO

Durante décadas el crimen ha sido motivo de ocultación y vergüenza. Los pueblos que vivieron un gran suceso criminal sufrían el baldón de ser conocidos por el nombre del crimen como Berzocana, el pueblo del hacha, el crimen de Don Benito, los delirios del cacique... Incluso cuando no hubo crimen, sin embargo, quedó resto para la mala fama: el crimen de Cuenca. Este temor y repulsa de tipo interesado, político, contra el delito de sangre, a favor de si no se habla de crimen no existe, es una de las causas de su desconocimiento y, por tanto, de la imposibilidad de su prevención. La experiencia de unos nunca sirvió para evitar la desgracia de todos. Hoy nos movemos en las tinieblas ancestrales y quienes matan se benefician de la vergüenza que sufren las víctimas, como si además de ser los perjudicados hubiera algo inconfesable y pecaminoso en el hecho de haber sido hendido por un arma o víctima de un disparo.

En los crímenes clásicos hemos oído hablar siempre de los raptos sacamantecas o del hombre del saco. Hoy sabemos que con toda probabilidad eran psicópatas desalmados, asesinos en serie, criminales que luego se pondrían de moda, pasados muchos años y después de su protagonismo, en los platós de Hollywood.

A mediados del siglo XIX, en Galicia, hubo un criminal múltiple, *el Sacaúntos de Rebordechao*, del que nos hemos pasado media vida abominando: verdad y leyenda se mezclan en él, que una vez descubierto se confesó hombre lobo. Fue un *serial killer* adelantado a su tiempo, anterior a *Jack el Destripador*, que llevó el asesinato mucho más lejos que el inglés, dando muerte a nueve personas al menos, aunque él confiesa hasta 13 crímenes, y devorando sus cadáveres, mientras que Jack se limitaba, comparado con él, a una ligera lección de anatomía. Probablemente, Manuel Blanco Romasanta, el *lobishome* gallego, tuvo muy desarrollado su lado femenino y fue un psicópata, como todo hombre lobo que se precie. Saber su historia es impregnarse de futuro. Desde una esquina de la patria se proyecta el terror a todo el territorio, el asesino itinerante es una vieja tradición. Incluso era un adelantado en el humor negro: lo que pasa es que al contrario que con Jack no supieron interpretarlo.

Poco después aparece en Álava, Vitoria, Juan Díaz de Garayo y Argandoña, Zurrumbón, *el Sacamantecas*, otro asesino trashumante que, este sí más parecido a *Jack el Destripador*, les mete el cuchillo en el vientre, hurga en el interior y a veces extrae un riñón como trofeo. Garayo era un delincuente sexual y un psicópata. Es decir que sacamantecas, hombres del saco y hombres

lobo no eran otra cosa que psicópatas, incapaces de sentir piedad ni ponerse en el lugar de la víctima. Bestias como el lobo e incluso más bestias como humanos.

Jarabo, ya en 1958, fue el primer psicópata oficialmente reconocido, cuando todavía no se sabía qué significaba eso, puesto que nada se había aprendido del pasado, fuera del canibalismo de la licantropía o de las exploraciones del «cirujano» Zurrumbón. Por tanto, los crímenes de Jarabo, que era un seductor de mujeres casadas, el asesino con mejor fondo de armario que nunca se ha dado, que además contaba según la tradición oral con un aparato reproductor de unas dimensiones que no se lo digas a Franco, como tantas cosas en esta carrera del crimen, fueron disfrazados de simple robo, pasando de puntillas por la exposición erótica de la criada en su habitación sobre la cama, desnuda y abierta, en postura obscena, con el cuchillo de pelar judías hundido en el pecho, sobresaliendo el mango, en la casa de Lope de Rueda y el rastro falso del beso en la copa de coñac, que dejó él, con sus labios pintados de carmín y otros detalles que indicaban que el autor no era un simple ladrón, como trataron de hacernos creer. Jarabo era un psicópata capaz de fundir la escala de Hare.

El activo común de todos los personajes que aquí se contemplan es precisamente la brutalidad de sus acciones. Si Romasanta es un lobo hombre, una verdadera bestia salvaje, que hizo desaparecer hasta los huesos de sus víctimas, tal vez royendo alguno de ellos, Luis Patricio es un asesino de mujeres a las que dispara con maldad, Fernando Alberto es un fantasma de hotel que aguarda a sus víctimas en la madrugada, Ximo Ferrándiz

es un manipulador que prepara una trampa en la que va de quijote para atrapar hembras, Javier Rosado es un pitagorín que alienta su potente capacidad intelectual con un conjuro de sangre, mientras Emilio Muñoz, Emilio *el Facha*, trata de disfrazar su impulso criminal con la impostura del odio a los ricos.

Antonio Anglés es el estigma del caso Alcácer, nunca descubierto, y al que se le achacan cosas de las que no ha podido defenderse. Villalón es el hombre que se disfraza de travieso para matar. José Juan Martín es el descuartizador joven capaz de eliminar a su compañero de juegos de la infancia. Enriqueta Martí es la vampiro psicópata de Barcelona, también sacramantecas y vendedora de pócimas para desgraciados. José Ignacio Orduña es un gerontófilo perseguidor de ancianas desamparadas; una y otra vez su pulsión psicopática le ha convertido en un peligroso asaltante sexual. Francisco García Escalero es quizá un psicópata empujado hacia el delirio por el alcohol y el consumo de hipnóticos. Cuando fue descubierto, ya era un psicótico sin marcha atrás. Santiago Sanjosé, *el Lobo Feroz*, es un minusválido sexual que recurre a mujeres de alquiler; como no puede aprovecharse de ellas, las mata.

Hay psicópatas que tienen muy buena opinión de sí mismos, como *el Solitario*, el atracador que se aprovechaba de ser contenido en su ambición hasta que la buena opinión que tenía de sí mismo le jugó una mala pasada convirtiéndole en un repulsivo asesino. Alfredo Galán es un presunto criminal en serie que atacaba a emigrantes y a quienes lo aparentaban. Tal vez detrás de él todavía quede una gran incógnita. Pedro Jiménez fue

acusado de la muerte de dos agentes de la Policía, dos chicas en prácticas. Su factura es la de un agresor sexual que practica artes de merodeador. A pesar de que las pruebas parecen señalarle sin ninguna duda, defectos de forma harán que su juicio tenga que repetirse. Esperemos que eso no permita que tenga una nueva oportunidad de ejercitar su indudable disposición para el mal. Pietro Arcan es un moldavo que cambió las normas del escaló en nuestro país: desde entonces, los ladrones ya no solo entran para robar en las casas, ni tampoco lo hacen solo cuando los dueños están fuera. Pietro Arcan entró en el domicilio de un abogado respetado y llevó a cabo un ejercicio de dolor, provocó incomparablemente más daño que robo. Siempre en esa aura del disfrute psicópata que no se para ni ante la infancia.

Las mujeres diabólicas que aquí figuran pueden ser todas psicópatas, aunque no estén diagnosticadas. Lo que hicieron se ciñe a una pauta de comportamiento en la que solo importa el deseo del criminal. Algunas odiaban a los hombres y otras a toda la raza humana. Eligieron los objetivos más fáciles y asequibles y fueron capaces de envenenar, ahogar, disparar y golpear. Como siempre, si se les puso a mano, lograron que otros hicieran parte del trabajo o el trabajo entero, cosa muy propia de la psicópata criminal.

Por último, he aquí una representación psicopática de los grandes monstruos del crimen, desde el guapo Ted Bundy, capaz de estudiar chino y asumir su defensa, hasta Albert de Salvo, que entraba en las casas para fraguar la leyenda del estrangulador de Boston, de Rodríguez Vega, el gran psicopatón asesino de abuelas, hasta

Delgado Villegas, otro al que la incomprensión volvió loco. La psicopatía internacional se viste de gala con el gastrónomo y caníbal Issei Sagawa, más culto y feroz que Aníbal el Caníbal. Sagawa escapó con una pequeña condena de París tras hacer filetes a su novia y en Japón se transformó en un crítico gastronómico al que todos los días le preguntan a qué sabe la carne humana.

John Gotti, *John el Elegante*, fue el último padrino de las mafias de Nueva York. De simple matón de esquina subió hasta *capo di tutti capi* con los Gambino y mantuvo a raya a las otras cuatro familias: Genovese, Bonanno, Colombo y Lucchese. Aprendió en los clásicos y era capaz de recitar párrafos enteros de *El Príncipe*, de Maquiavelo. Murió en la cárcel de un cáncer de garganta y su entierro fue en ataúd de oro, con un cortejo de cien limusinas y grandes ofrendas florales. Resultó el gran espectáculo macabro. Jeffrey Dahmer, *el carnicero de Milwaukee*, viene aquí como psicópata ansioso de amor que fabricaba amantes con una taladradora haciéndoles un agujero en el cráneo: buscaba zombis esclavos.

El hijo de Sam fingía escuchar voces que le hicieron pensar que estaba endemoniado, por lo que salía por las calles de Nueva York a disparar sobre las parejas. David Berkowitz podría ser uno de esos psicópatas resentidos que, sin importarle el daño, resuelve sus conflictos a tiros. Todo muy moderno, muy contemporáneo, aunque parezca venir desde muy lejos.

EL AVANCE DE LOS PSICÓPATAS

1

EL HOMBRE LOBO Y OTRAS BESTIAS

Manuel Blanco Romasanta, nacido en Regueiro, aldea del municipio de Esgos, Orense, Galicia, el 18 de noviembre de 1809 es el único «hombre lobo» procesado por la justicia ordinaria en España. Para algunos es también el primer asesino en serie que dio muerte a trece personas y las devoró. La justicia le imputa nueve asesinatos, pero él añadió otros cuatro que pudieron ser auténticas víctimas de lobos.

Fue condenado a muerte e indultado por la curiosidad de la supuesta dolencia que sufría, el mal de la licantrópía o transformación en animal. Para otros es el primer psicópata criminal del que se puede documentar el caso en nuestro país. Fue juzgado en Allariz, en 1853.

Lo cierto es que al fondo de su impulso imparable podría estar también un complejo sexual. Nació y lo anotaron confusamente como niña, Manuela Blanco. Era un ser dulce y tímido, con habilidades y saberes más propios de una mujer, de entonces, que de un rudo

buhonero. Se casó en 1831 con Francisca Gómez y su matrimonio duró poco, falleciendo la mujer en marzo de 1834, estando la muerte de la esposa rodeada de misterio. Viudo, con solo 24 años, Romasanta podría ser en parte, dada la ferocidad de su acción y su brutal comportamiento, el trasunto de un monstruo femenino. Una loba hambrienta de poder y deseo. Al quedarse solo comenzó a recorrer los caminos de Galicia, España y Portugal con un tenderete, por lo cual le empezaron a llamar *el Tendero*.

Aparentemente era un hombre bajito, bien formado, con nada en su aspecto que lo hiciera amenazador. Si descartamos una mirada fija, penetrante y gélida. La reconstrucción fisonómica que se lleva a cabo ciento cincuenta años después de su nacimiento lo presenta como un hombre de rostro redondo, oblongo, con barba y bigote negro, con entradas en la frente y una expresión apacible, casi femenina. Cosía, hilaba, pasaba mucho tiempo en las cocinas y era amigo de consejas y charlas con las señoras de Rebordechao, partido judicial de Allariz, hasta el punto de convertirse en tema constante de conversación y transmisor de noticias propias y ajenas. Es ese encanto que tiene, la formación parecida a uno de aquellos curas de aldea: sabe leer y escribir, algún que otro latinajo, y geografía, de la que se pega al campo hasta Santander, lo que lo hace amable y querido. La tradición oral le atribuye amores con algunas de sus víctimas e incluso la paternidad de alguno de aquellos chiquillos que como lobo, o loba, habría de devorar.

Romasanta comienza una vida de peregrinaje y trashumancia. Lleva todo lo que vende en un hatillo:

prendas de ropa, agujas, alfileres, peines, cepillo para liendres, hilo, y hay quien dice que trafica con sebo humano, es decir manteca extraída de cadáveres palpitantes que lleva hasta Portugal, donde es muy apreciada para sanar desahuciados. A sus espaldas le llaman *O home do unto*, es decir el hombre del sebo humano.

En 1846, con residencia en Rebordechao, comienza una serie de presuntos crímenes ofreciéndose como guía para atravesar bosques y montañas, hasta Santander, donde dice conocer religiosos bien situados que precisan de ama de llaves o asistenta. Las primeras que le acompañan son Manuela García Blanco, de 45 años, y su hija, Petra, de 15. Parten en un hermoso día de otoño y cuando llegan al paraje de A Redondela, Romasanta, como padece la fada o maldición de transformarse en lobo, se convierte en animal al llegar la noche y despedaza a sus víctimas.

A sus espaldas ya arrastraba otro crimen, el de Vicente Fernández, alguacil de León, quien le llevó una requisitoria para cobrarle unos débitos que tenía con una casa de proveedores de mercancía de Ponferrada. El cadáver de Fernández, que iba a todas partes con una perrita de aguas, fue hallado medio oculto y su muerte se imputó a Romasanta, juzgándole en rebeldía, y siendo condenado a diez años de prisión, en 1844.

Según él, ya entonces sufría la maldición que le fue transmitida en 1839, cinco años después de la muerte de su esposa. Romasanta tenía la facultad de convertirse en bestia y transformarse en un monstruo sin control. En su equipaje, cuando le detuvieron llevaba un calendario

lunar, tal vez para andar cierto de cuándo la luna nueva le convertiría en lobo.

En 1847, hizo su siguiente viaje sangriento, transportando esta vez a Benita, de 34 años, y a su hijo, Francisco, de 10 años. Al llegar al paraje de Corpo do Boi, mientras los viajeros iban pensando en un futuro mejor lleno de comodidades y viandas, Romasanta, si creemos su confesión, se puso a aullar en medio de la noche, saliendo de él lo que tenía de bruto salvaje y emprendiéndola a golpes y arañazos hasta quitarles la vida, desgarrarlos y devorarlos.

Estos crímenes, sostiene Blanco Romasanta, los cometía a veces en compañía de otros hombres lobo, Genaro, un valenciano de edad madura y Antonio, un lobezno de Alicante.

A su regreso de los viajes, Romasanta contaba que sus viajeros habían alcanzado un mundo mejor, lleno de dinero y promesas de felicidad. Traía cartas con su letra en las que los interesados transmitían lo bien que había ido todo y cómo se daban a la vida regalada. Sin embargo, al mismo tiempo corrían rumores surgidos de algún que otro despiste o equivocación del buhonero que vendía ropas y propiedades de los transportados de forma sospechosa y fría.

En 1850, Blanco Romasanta consiguió convencer a Antonia Rúa, de 37 años, que con su hija Peregrina, de 3 años, se decidió a acompañarle. Llegados al lugar llamado de As Gorvias, el lobo hizo su aparición, quién sabe si acompañado de don Genaro y Antonio, y saciaron su sed de sangre en el cuerpecito del niño y en el cadáver de la madre. Las presuntas víctimas del lobo

Romasanta desaparecieron totalmente, no quedando, que se sepa, ni los huesos. En el mismo año también le llegó la vez a José, de 20 abriles cumplidos. Y unos meses más tarde, en 1851, fue asesinada Josefa, de 49 años. Por cierto que estos dos murieron también en As Gorvias como Antonia.

La falta de noticias convincentes de los desaparecidos, las habladurías sobre las prendas vendidas que llevaban puestas las mujeres de las que nada nuevo se sabía y el continuo acoso al extraño comportamiento del buhonero hicieron a este que tuviera que salir de Galicia logrando documentos o pasaporte falso del alcalde de Vilariño de Conso con el que se trasladó a la siega a Nombela, Toledo.

Hasta allí llegó perseguido por rumores que acabaron dándole caza, pues sucedió que había en Nombela tres de Rebordechao, Martín Prado, Marcos Gómez y José Rodríguez que sabían bien lo que se sospechaba del huido en el terruño. Acosado a preguntas, Manuel negó y negó hasta que no pudo más. Al derrumbarse, fue trasladado a Galicia donde dijo que actuaba impulsado por una fuerza irresistible que le hacía convertirse en lobo, y luego, en 1853, lo juzgaron en Allariz. Fue allí donde confesó su calidad de monstruo, si bien afirmó que la transformación ya no era posible, puesto que se le había retirado el poder el 29 de junio, día de San Pedro, de 1852. Para todos los que escuchaban la noticia era una sorpresa que un hombre tenido por piadoso y buen católico hubiera cometido crímenes tan bestiales.

Isabel II, que reinaba en España, la reina carnal, juerguista y humana, habría de vivir aquella rareza del

demonio con una sensibilidad hacia la ciencia y la intención de descubrir la verdad mucho más aguda y compleja que la de sus súbditos encargados de la justicia. Los jueces condenaron a Romasanta a muerte, y la reina, ante la expectativa de un estudio criminológico y científico, que entonces ofrecía un misterioso hipnólogo, lo indultó. Lo mandaron a la cárcel de Celanova y es posible que la soberana lo protegiera y lo hurtara al simple castigo para ponerlo al servicio de la ciencia. Aparentemente, los hombres que lo condenaron no permitieron que aquel «misterioso doctor Phillips» lo explorara. Romasanta fue trasladado de prisión, lejos del verdugo, pero no se sabe lo que pasó a continuación: ¿Murió en la cárcel? ¿Fue trasladado para estudiarlo, en secreto, como único hombre lobo? ¿Se escapó y pervive en el aullido de la noche?

Isabel II, lujo y curvas rotundas, dentro del ruedo ibérico, tuvo la sensibilidad para ordenar que se estudiara a Manuel Blanco mediante hipnosis para descubrir lo más profundo de su alma. En la reconstrucción de sus crímenes el hombre lobo encontró algunos huesos que presuntamente pertenecían a sus víctimas: una parte de un cráneo y otros trozos, que no estaban enterrados, sino entre las hierbas, como si esperaran allí a que los descubriesen. No hay una tumba de Romasanta, ni se conserva su esqueleto, pero ha dejado memoria en la literatura, en especial en la de un gallego premio Nobel: Camilo José Cela.

Se han hecho películas como *El bosque del lobo* (1971), de Pedro Olea, con José Luis López Vázquez, y *Romasanta*, de Paco Plaza (2003); con guión de Alfredo

Conde, descendiente de uno de los expertos que peritaron el caso del *lobishome*. Desde sus inicios, el proceso del hombre lobo inspiró pliegos de cordel, cantares de ciego, y novelas como *El bosque de Ancines*, de Carlos Martínez Barbeito y *Pel de Lobo* (2002), de José Miranda. Desde hace mucho tiempo escriben de él otros reputados escritores gallegos como Vicente Martínez Risco (1929), Celso Emilio Ferreiro (1974), Julio Prada (1990) y José Domínguez y Lino Blanco (1991). Desde un punto de vista científico, se hace preciso destacar el trabajo de María Jesús García e Irene Esperón en *Jornadas de Historia de la Psiquiatría*, celebradas en el Psiquiátrico Rebullón (Vigo) en 1996.

Según Domínguez y Blanco, Romasanta moriría en la cárcel pocos meses después de su traslado, aunque no pueden asegurarlo con constancia documental. También escribe lo mismo el erudito Juan Antonio Porto que apunta a que murió en la cama, aunque en la prisión de Orense.

El hombre que fue inscrito en la partida de nacimiento como niña, Manuela, hija de Miguel y María, tiene entonces 43 años, una estatura de cinco pies menos una pulgada; esto es: un metro y treinta y siete centímetros. Cultiva por detrás media melenita, a juego con los ojos castaños y la barba y el bigote negros. La calvicie de su cabeza se debe a la edad, pero también al roce del sombrero.

En octubre de 1852, un grupo de facultativos de Allariz reconocen a Manuel Blanco, dando cuenta al tribunal: «El procesado no es loco, ni imbécil, ni monomaniaco, ni lo fue, ni lo logrará ser mientras esté preso

y, por el contrario, resulta que es un perverso, un consumado criminal capaz de todo, frío y sereno, sin bondad y con albedrío, libertad y conocimiento».

Es probable que el enigmático Doctor Phillips fuera en realidad el médico francés Joseph-Pierre Durand de Gros (1826-1900), exiliado en Gran Bretaña. Una de sus obras más apreciadas es: *Electrodynamisme vital, ou les relations physiologiques de l'esprit de la matière démontrées par des expériences entièrement nouvelles et par l'histoire raisonnée du système nerveux* (1860).

El sumario que se guarda en el Archivo Histórico del reino de Galicia, en La Coruña, siete tomos con unas dos mil páginas manuscritas, atesora párrafos como este: «Pretende que en algunas temporadas tiene la desgracia de convertirse en lobo y entonces, contra su voluntad, se ve obligado a desgarrar a su prójimo con uñas y dientes; para lograrlo se revuelve en la arena, condición antecedente a su transfiguración» (causa del Juzgado de Allariz contra Manuel Blanco Romasanta).

Los peritos del informe entre los que figuran José Lorenzo Suárez, médico, los licenciados Demetrio Aldemira, Vicente María Feijoo Montenegro y Manuel María Cid, así como los cirujanos Manuel Bouzas y Manuel González, no se lo creen ni por un momento y escriben: «El objeto moral que se proponía era el interés. Su confesión explícita fue efecto de sorpresa, creyéndolo todo descubierto. Su exculpación es un subterfugio. Los actos de piedad, añagaza sacrílega. Su metamorfosis, un sarcasmo...» (legajo judicial, 1852, Orense).

Ovidio escribe que Júpiter transformó a Licaón en hombre lobo. Y una tradición gallega alerta de que el

séptimo hijo de una familia que solo tenga hijos varones puede ser *lobishome*. Para librarle de su sino debe apadrinarlo uno de sus hermanos o ponerle de nombre Bieito, solución que también se da en las Azores. En la Ilustración, la licantropía tenía diferentes explicaciones: se debía a la sífilis, a la rabia, a la porfiria, a la epilepsia o a envenenamientos de belladona o estramonio. Para los psiquiatras se trata de trastornos de melancolía, esquizofrenia, histeria y alteraciones del lóbulo frontal. En tiempos del lobo gallego no había médicos o facultativos que se dedicaran a la psiquiatría, y no los hubo hasta 1885.

Quienes han estudiado este caso desde el punto de vista de la enfermedad mental, a pesar de las dificultades de aplicarle a un paciente de hace doscientos años un diagnóstico actual, descartan el proceso psicótico y se decantan por el trastorno de personalidad. Es decir, por una personalidad psicopática antisocial en la línea de R. D. Hare, autor de la *Psychopathy Checklist* o escala de la psicopatía. Lo que significa un inicio temprano en la historia criminal española del más puro asesino en serie o *psycho killer*, encarnado en un psicópata desalmado. Eso da mucho que pensar en el sentido de si el crimen avanza en la actualidad o gira en redondo. Por su parte, el mito del hombre lobo continúa tan vivo en Internet como en la Galicia del siglo XIX.

2

JARABO, EL SEÑORITO QUE GASTABA DEMASIADO

José María Jarabo es el asesino psicópata por excelencia. Nació en Madrid y padeció en la capital la guerra civil. Su deformación psicopática tuvo durante la contienda todos los estímulos posibles para llegar al cenit. Finalizada la guerra, su familia se fue a los Estados Unidos, a Puerto Rico, y de allí volvió él, en un avión de Iberia, vía La Habana, en 1950, hecho todo un psicopata de aquí te espero. Fugitivo del FBI tras haber pasado una larga temporada en una prisión para criminales locos.

En solo ocho años, dilapidó millones de las antiguas pesetas en un país triste y deprimido, emergente de la posguerra y con un enorme caudal de negocio clandestino. La prostitución era una de sus debilidades. Se movía en un mundo de mujeres entre el que crecía la leyenda de que estaba espectacularmente dotado para el amor, tal vez con veinticinco centímetros de «pequeña diferencia» con el cuerpo de una hembra. Desgraciada-

mente la autopsia no dejó mención alguna sobre la extensión de su pene, pero es cierto que se trataba de un gran seductor. Un castigador capaz de enamorar a hetairas, concubinas, entretenidas de un señor de Bilbao y meretrices dueñas de su propio negocio. Su gran especialidad eran las mujeres casadas.

Llegado del Nuevo Mundo, desembarcó del avión con su maquinilla de afeitar, sus gafas de sol para vampiros, sus camisas que no necesitaban plancha y una impactante colección de trajes de verano e invierno. Jarabo es el asesino con el mejor fondo de armario de todos los tiempos.

Paseaba por la Gran Vía, entonces muy de moda, con un haiga, vehículo americano de grandes proporciones, a veces descapotable; o si lo hacía a pie, se dejaba ver con un mono tití al hombro. El mítico inspector Antonio Viqueira lo tenía fichado como uno de los grandes personajes más enigmáticos. Que Jarabo estaba destinado a algo grande lo llevaba escrito en la dureza de su rostro viril, impertinente y desafiante.

Junto a sus modales agresivos, José María gustaba de posar de gran señor, educado y adinerado. Si recalaba en el hotel Emperador —cafetería y piscina en la misma Gran Vía— convidaba a toda la barra. Si conocía a alguien chic o glamuroso trataba de impresionarle y era capaz de birlarle a la chica.

Se quedó sin dinero y fue entonces cuando planeó el robo a los dueños de la tienda Jusfer, de la calle Alcalde Sáinz de Baranda. En 2009, un periódico de cierta solvencia decía en la primera del suplemento Madrid que Jarabo había matado a cuatro prestamistas:

no; «solo» mató a dos. Sus víctimas fueron: Emilio Fernández Díez, Félix López Robledo, Paulina Ramos Serrano y María de los Desamparados Alonso Bravo. En teoría, para recuperar un solitario de su amada Beryl, pero en la práctica para lograr combustible con el que seguir la quema de las madrugadas de Madrid.

EL PEOR VICIO

Este tipo de asesinos no se ponen en la piel de la víctima, no sienten arrepentimiento. En julio de 1958, cuando lo de Jarabo, el termómetro de la popularidad era Mingote, en *ABC*, como ha seguido siéndolo hasta la primera década del siglo XXI, y publicó un chiste en el que una mujer decía a su marido: «Tú lo que pasa es que eres un psicópata desalmado». José María clavó un cuchillo de pelar judías en el corazón de la criada Paulina, en Lope de Rueda, y descerrajó un tiro en la nuca a Emilio y a su mujer, que estaba embarazada. A Félix le tiró también en la nuca, muchas horas después, en el propio local de Jusfer, en Alcalde Sáinz de Baranda. No recuperó el anillo y quiso cerciorarse de que podría seguir su vida como si nada. Esa frialdad era su gran vicio. Tras sus pasos ya estaban los sabuesos Viqueira y Fernández Rivas, el gran experto en interrogatorio. La condena a muerte se cumplió con garrote vil, en 1959, con más de veinte minutos de dura agonía.

Se cumplieron sin darle mucha importancia los cincuenta años de los crímenes de Jarabo, que tuvieron lugar en Madrid del 17 al 21 de julio de 1958 y que

fueron los más terribles durante décadas. En la historia criminal española hay un antes y un después de Jarabo. Fue el criminal que trajo de Norteamérica un nuevo estilo de matar, la impronta de los asesinos seriales americanos. Este individuo, que llegará a ser figura señera del crimen, nació el 28 de abril de 1923 en la calle Sagasta.

Pasó la guerra en la capital, siendo adolescente, donde quedó impresionado por los horrores de la lucha fratricida que, entre otras cosas, le permitió contemplar cómo les daban el tiro en la nuca a muchas personas en el jardín de su casa de Arturo Soria. Terminada la contienda, la familia viaja a Puerto Rico con escala en Cuba. Ya en Estados Unidos, comienza una carrera de delitos favorecido por su estatus de chico de familia adinerada sin oficio ni beneficio. Cae en la drogadicción y la vida desordenada. En 1943, le examinan en un instituto psiquiátrico. En abril de ese año se casa con Luz Álvarez Más. En 1945 es condenado por trata de blancas ante un gran jurado. Le ingresan en 1946 en la prisión de Springfield (Missouri, EE. UU.). En 1948, su esposa se divorcia de él, incapaz de aguantar sus veleidades.

En 1950 le conceden permiso para desplazarse a Puerto Rico, pero él aprovecha para fugarse vía La Habana donde embarca en un avión de Iberia que le deposita en Madrid. Durante sus primeros años de estancia en España gasta varios millones de pesetas en una existencia ostentosa y despreocupada.

Jarabo es el criminal con la mejor colección de trajes de la historia. Empeñado en vestir bien y resultar

elegante. Utiliza gafas de sol *fashion* y camisas que no necesitan plancha. Es de los primeros en usar maquinilla eléctrica y lleva hasta tal punto su manía de la elegancia que fue detenido después de los crímenes por no querer renunciar a uno de sus ternos de verano. Fue capturado en la tintorería de la calle Orense cuando pretendía recuperar el traje que había llevado a limpiar porque se había manchado de sangre en su último asesinato.

Sus crímenes son propios de un asesino en serie con paréntesis y marcha atrás. El sábado 19 de julio mata a Paulina Ramos Serrano, Emilio Fernández Díez y María de los Desamparados Alonso Bravo en un piso de la calle Lope de Rueda. El domingo pasa el día bebido y drogado y duerme en una pensión. El lunes, muy temprano, asesina a Félix López Robledo en la tienda de compraventa Jusfer de la calle Alcalde Sáinz de Baranda. Su propósito era supuestamente recuperar un anillo con brillantes en manos de sus víctimas, copropietarios de la tienda de compraventa.

Fue el último ejecutado en cumplimiento de sentencia dictada por la jurisdicción ordinaria. Dicen que le condenaron a la última pena porque María de los Desamparados Alonso Bravo estaba embarazada.

Lo defendió uno de los grandes abogados españoles de todos los tiempos, Antonio Ferrer Sama, quien trató de demostrar que la psicopatía que le aquejaba era bastante para declararle «no responsable». Sin duda era un psicópata desalmado. La investigación la llevaron, entre otros destacados sabuesos, dos venerables figuras de la lucha contra el crimen: los citados Antonio Viqueira Hinojosa y Serafín Fernández Rivas.

3

LUIS PATRICIO ANDRÉS, EL ASESINO DE LA FURGONETA

Hay gente que parece no tener nada especial, pero que te da miedo. El psicópata se distingue porque provoca dolor en su entorno. De una u otra forma es un camaleón que mientras se confunde con el paisaje atrae las iras del infierno. Luis Patricio Andrés decía trabajar en el mundo mágico del cine cuando secuestró y asesinó a la maquilladora Mar Herrero.

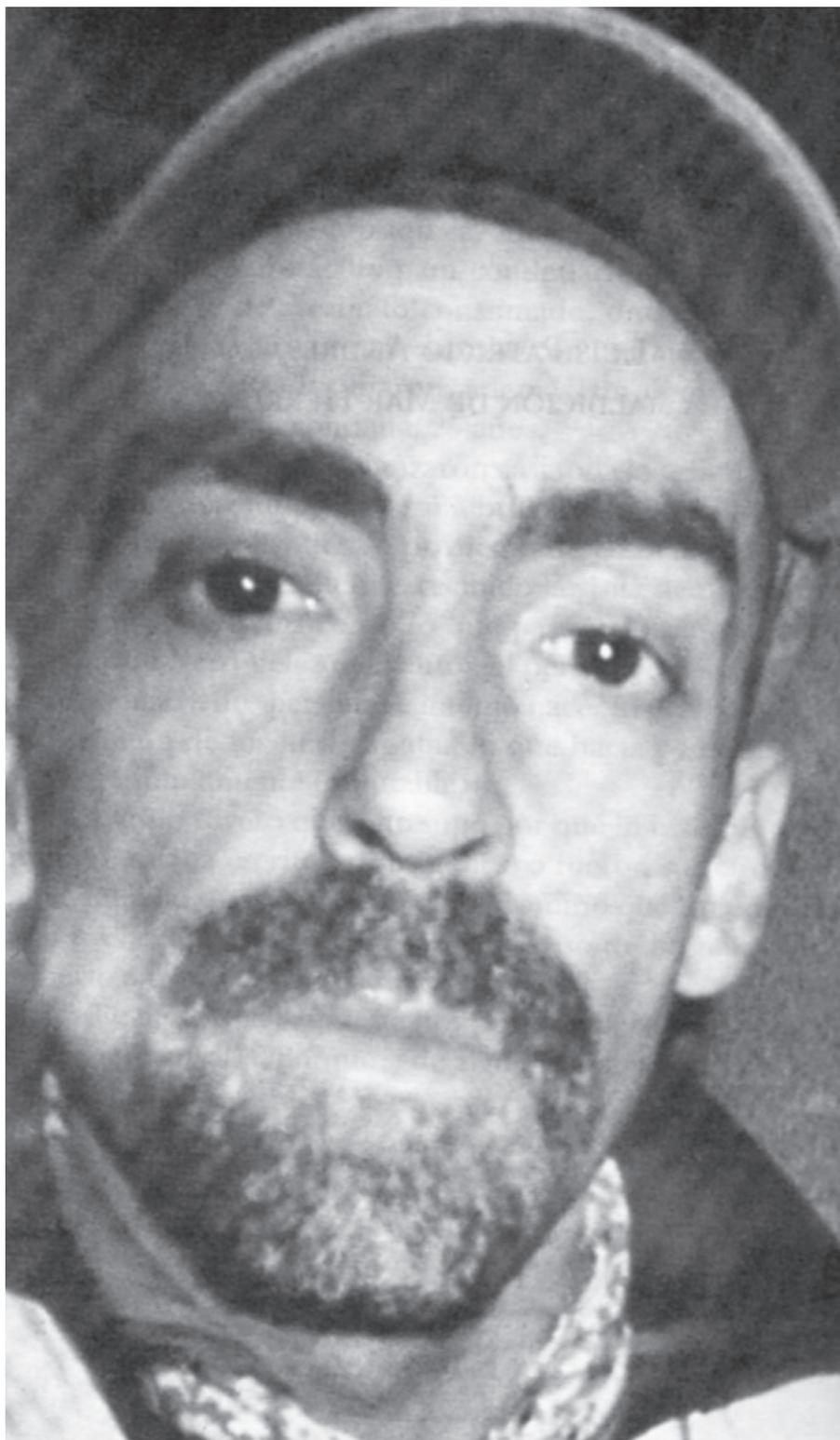
Es un individuo que tiene una opinión excesivamente buena de sí mismo, que cree que llegará muy lejos y que para donde va necesita ser manipulador y contar con ausencia total de culpa. Para el psicólogo que lo examinó padece un trastorno mixto de la personalidad. Un trastorno antisocial. En el momento en el que fue juzgado tenía 39 años y era la segunda vez que intentaba el asesinato contra una mujer.

En 1998 cumplía condena de dieciocho años por la agresión contra la que entonces era su novia, Rosana. Sucedió el 21 de julio de 1993, día en el que Luis Patri-

cio disparó hasta cuatro veces contra la chica dejándola viva por puro milagro. El agresor había perdido el tornillo de Hare, el especialista en psicópatas mundial que predica que el conjunto se rompe cuando hay una pieza que falta. Luis Patricio es asténico, pequeño, anguloso, y le gusta llevar una gorra de béisbol, como un Spielberg de vacaciones. Es un maltratador que en su día difundió una foto porno con la cara de otra de sus novias para humillarla. Todas sus chicas han sido presionadas, amenazadas; y las últimas, agredidas. Luis Patricio llegó a ayudante de producción de cine y fue cuando Rosana le dejó. Bajo la careta de un hombre comprensivo quedó con ella para formalizar la ruptura mientras ocultaba una pistola del 22 en la chaqueta. La subió en su coche para llevarla a la calle Moscatelar y, al bajarse del vehículo y cruzar, ella empezó a escuchar disparos. Era Luis Patricio, que intentaba matarla desde el coche. Le acertó con dos plomos. La salvaron los médicos mientras el agresor huía de Madrid.

Los peritos que le examinaron detectaron en él a un psicópata con fuerte narcisismo. Su captura y juicio se benefició de una reducción de condena a doce años por la entrada en vigor del llamado «Código Penal de la democracia (1995)», sino jamás habría tenido la oportunidad de acercarse a Mar Herrero porque habría estado tras la rejas hasta 2002. Como buen psicópata fue un preso modelo hasta que logró salir en libertad. En contra del educador y del psicólogo de la prisión, le concedieron el tercer grado.

Se encontró con la maquilladora Mar Herrero cuando puso un anuncio buscando gente para su supuesto



Luis Patricio Andrés, con gorra.

proyecto de rodaje de una película. La joven tenía 23 años, Luis Patricio había cumplido los 36. Tiene una característica envolvente, narcisista, capaz de convencer a cualquiera, unida a la exhibición del conocimiento de varios idiomas como inglés y francés que la deslumbraron. Sin embargo, ella acabaría derribando todo el andamiaje de mentiras: el proyecto no tenía base y Luis Patricio no era lo que decía ser.

EL PEOR VICIO

Mar había trabajado para él sin cobrar, se había convertido en su compañera sentimental y ahora lo perdía todo, pero se vio en peligro y decidió romper. Luis Patricio, herido en su orgullo, su peor vicio, comenzó una brutal campaña de acoso que generó catorce denuncias. Hasta se negaron a recibirla en el juzgado de Alcobendas. Entonces la violencia de género no estaba debidamente valorada. Luis Patricio desarrolló un frío plan para matarla. Fingió un falso rodaje y la contrató a través de terceros. Alquiló una furgoneta blanca, Citroen, en la estación de Chamartín, y quedó con ella en la plaza de Castilla. Era el 13 de octubre de 1999, a las seis de la mañana. Ella creía que iba a un rodaje. Sorprendió a la chica por detrás y la empujó a la furgoneta. Dentro la apuñaló hasta la muerte y la dejó dentro del vehículo aparcado. Hoy cumple condena de veinticuatro años. La juez de Alcobendas, que no auxilió a la víctima, recibió como llamada de atención solo una multa.

FERNANDO ALBERTO
RIVERO VÉLEZ,
EL FANTASMA DEL HOTEL

La madrugada del 2 de julio de 1998, en el hostel Reyes Católicos, de la calle del Ángel de Madrid, se cruzaron las vidas del recepcionista, una pareja de adultos maduros que quiso tener una noche de felicidad y las ansias de un psicópata imprevisible, Fernando Alberto, al que sus colegas llamaban *el Loco*, que se movía como un fantasma arrastrando sus cadenas.

Lo peor de todo fue que la pareja pidió alojamiento cuando la fiesta ya había empezado. *El Loco* había neutralizado al recepcionista y andaba por el hotel con una escopeta en busca del dinero de la recaudación o de la nómina, nadie lo sabe bien. Fernando tenía menos de 30 años, ojos pequeños, como de animal nocturno, alto y muy delgado, con el pelo casi al rape y la sonrisa de un payaso profesional. El psiquiatra que le examinó dice que tiene una personalidad antisocial que está fuera de control. La testigo protegida, que declararía contra él, es la única de sus víctimas que quedaría viva aquella noche

de la matanza. Le cortó el cuello con un cúter, pero no logró degollarla. Sin embargo, la víctima jamás se recuperaría del miedo que la atenaza.

A las cinco de la mañana, acompañada por su pareja, llegaron al hotel de la calle del Ángel. Les abrió un joven desconocido que les encañonó con una escopeta. Mientras su pareja le daba la cartera el atracador les pidió que subieran al rellano. Allí se reunieron con el recepcionista, atado de pies y manos, echado boca abajo. El de la escopeta les obligó a colocarse de la misma forma. La mujer, cuando lo cuenta, recuerda que le dijo al asaltante que no le tapara la boca con la cinta aislante porque padece asma. Pero él, cínico, la tranquilizó diciéndole que el asma se le iba a quitar de una vez por todas. No pasó mucho hasta que le agarró el pelo, tiró para atrás, y con el cuello al aire, le dio un tajo en la garganta. Luego fue hacia los otros dos e hizo lo mismo, solo que también les pegó un tiro. A la mujer, no, a ella la cortó de nuevo en el cuello. Pero tampoco acertó. Ella estaba tiesa de dolor y de pánico. Pensando: «Hazte la muerta».

Creyó que había terminado con los tres y se fue a vaciar otras estancias del hotel que conocía bien porque tenía una relación antigua con el gerente. Parece que creía que en algún lado había una bolsa con los millones de la nómina, tal vez cinco millones.

Fernando tenía antecedentes policiales por robo y estaba a la espera de ser juzgado. Se sospechaba que era un politoxicómano que tuvo que huir sin lograr su objetivo.



Fernando Alberto Rivero, el hombre del hotel.

EL PEOR VICIO

El gran defecto de ese ser insensible con aquel extraño sentido del humor que se encontró la testigo protegida en el hotel era su tendencia a humillar a las personas. En especial su tendencia a humillar a las mujeres. Se había preparado el golpe con la escopeta dentro de una caja de cartón que sería esencial para capturarlo, el cúter y la reserva de la habitación, de modo que el triple asesinato era superfluo. Innecesario. Una cosa más bien para humillar tres vidas. Según la investigación, estaba entregado al consumo de sustancias. Pero nada explica aquel esfuerzo innecesario de degollarlos y rematarlos a tiros. El hecho fue planificado. Para la testigo era un psicópata en traje de psicópata: frío, displicente y con efecto máquina. Fernando Alberto, con un botín escaso y dos asesinatos a la espalda, se escondió en su domicilio de Alcalá de Henares. Desde que fue detenido ha sido catalogado como un preso peligroso. El doctor Pedro Sopenana afirma que su «psicopatía no es tratable».

5

JOAQUÍN FERRÁNDIZ, EL QUIJOTE VIOLADOR

Hice el viaje a Castellón solo para ver de cerca al psicópata más retorcido de los últimos tiempos: Joaquín Ferrándiz, *Chimo*, 35 años, nacido en 1963, autor de cinco asesinatos de mujeres, que tuvieron lugar entre el 1 de julio de 1995 y el 14 de septiembre de 1996. Había adoptado un método infalible que podríamos llamar como de «el quijote violador», consistente en asaltar a las chicas estropeando sus vehículos o atropellándolas directamente con el fin de acudir luego en su socorro como un caballero andante.

Ferrándiz es bien parecido, con cara de bueno, frente despejada, ojos de mirada inocente, facciones armónicas y expresión suave de responsabilidad y fiabilidad. En definitiva, el perfecto empleado en, por ejemplo, una compañía de seguros, donde trabajaba. La mañana que comenzó el juicio llevaba unas gafas negras y trataba de ocultar su rostro sentándose de espaldas a los periodistas. Yo conseguí verle de frente cruzándome

en su camino cuando lo desalojaban al concluir la sesión. Era un tipo temible que aparentaba mansedumbre y corrección.

Joaquín Ferrándiz sería un psicópata de libro que comenzó como abusador-violador y acabó como asesino en serie, en una progresión nada extraña en el mundo de los delincuentes psicópatas, aunque desde luego poco estudiado en nuestro país. La primera actuación, de la que se guarda memoria, fue el 6 de agosto de 1989, cuando atropelló con su coche la moto de María, de 18 años, lanzándola por tierra y dejándola herida en un tobillo. Acto seguido descendió de su vehículo fingiendo estar muy afectado y ofreciéndose de forma caballerosa a llevarla al hospital. La joven, impresionada por aquel muchacho tan galante y seductor, se subió al coche sin sospechar nada. El cruel *Chimo* se la llevó a un lugar solitario y apartado donde abusó de ella. Fue condenado a catorce años de prisión por violación e imprudencia temeraria. Seis años más tarde, en abril de 1995, le pusieron en libertad tras redimir pena por buen comportamiento y el tostón de una extensa campaña sobre «la injusticia» de haber sido condenado por delito sexual que reunió una enorme cantidad de firmas. Tres meses después, el 1 de julio, por el procedimiento «del quijote» hizo desaparecer a una joven profesora de inglés en Benicasim, inaugurando su carrera de asesino serial.

Chimo secuestraba a las mujeres, las desnudaba, las ataba, a ser posible con su ropa interior, las amordazaba introduciendo en su boca las bragas u otra prenda íntima, y las estrangulaba; a veces con las medias, mallas o las manos. De los cinco asesinatos que se le atribuyen,



Joaquín Ferrándiz, al que llamaban *Chimo*.

en cuatro no cometió violación, esto es: no tuvo trato carnal, tal y como se entiende, con sus víctimas. Lo cual, aunque parece chocante, es una variante relativamente frecuente entre los psicópatas asesinos, porque el acto sexual es en realidad el mismo asesinato. No secuestran a sus víctimas para disfrutar de sus favores sexuales y luego las matan, sino que las secuestran para matarlas porque esto es lo que verdaderamente les da placer sexual.

EL PEOR VICIO

Era soltero, vivía una existencia monótona con un trabajo lleno de rutinas y cada fin de semana se despertaba en él su instinto depredador. Había conseguido burlarse de la sociedad creando la duda de haber sido injustamente castigado: un chico tan modoso, tan bien considerado en su trabajo, tan formal. Hasta que a las tantas de la madrugada, de cualquier sábado, se preparaba para la cacería: buscaba mujeres jóvenes, que se desplazaran solas, les estropeaba el vehículo, pinchándoles una rueda, por ejemplo, o directamente chocando con ellas, como si fuera casual. Así arremetió contra dos jóvenes desprevenidas: Sonia y Amelia. Cuando no lograba sangre fresca, recurría a la prostitución y así se llevó a tres mujeres de la calle: Natalia, Mercedes y Francisca, de cuyos cuerpos se deshizo por el camino Vora Riu, donde se une la carretera de Burriana, en el cauce de un río sin agua. Su peor vicio es que habría seguido matando.

6

JAVIER ROSADO, PITAGORÍN CRIMINAL

«Si no nos atrapan, la próxima tocará a una chica», escribió Javier Rosado, el asesino del rol, en el relato de su primer y último crimen, puesto que fue capturado inmediatamente después. Rosado era un joven de 21 años, estudiante de segundo de Químicas, brillante, aplicado y competente, pero con una capacidad reducida para relacionarse con gente de su edad, por lo que seguía saliendo con chicos a los que llevaba cuatro o cinco años, tal vez con cierto síndrome de Peter Pan. Precisamente a uno de esos menores fue al que eligió para que le acompañara en su partida de «rol en vivo», la ejecución de un juego que él mismo había inventado: «Razas», cuyo objetivo principal era el sacrificio humano.

El rol del asesino no tiene nada que ver con los verdaderos juegos de rol que no pasan de ser un entretenimiento en absoluto peligroso, sino que se trata de un arma diseñada para matar. Una especie de pretexto para

acabar con las vidas de las víctimas hacia las que el director del juego enfoca el desarrollo.

El 30 de abril de 1994, en Madrid, de madrugada, Javier y su obediente amigo se armaron de guantes de látex y cuchillos de cocina. Salieron con la idea de matar a una mujer bonita, un anciano o un niño. Pero a medida que avanzaba la noche y no conseguían concretar su propósito fueron cambiando el objetivo hasta fijarlo en Carlos Moreno, un trabajador de una empresa de limpieza que esperaba el autobús. En un principio la víctima creyó que venían a atracarle, pero Rosado le clavó el cuchillo grande en el cuello, prácticamente sin sentir nada. Inmediatamente su colaborador le secundó. Entonces tenía 17 años, era un menor. Carlos no pudo con ellos, que le desgarraron, le acuchillaron incluso metiendo la mano dentro de su cuerpo para arrancarle las cuerdas vocales. Rosado escribe lo que hicieron y dice que todo lo que sintió fue cierto asco y cansancio, «¡Dios!, ¡lo que tarda en morir un idiota!».

Se fueron del lugar manchados de sangre, dejando el cadáver destripado en un terraplén. El crimen era tan inexplicable que probablemente todavía estaría sin resolver si no hubiera sido porque uno de los chavales a los que intentaron reclutar para sucesivos «juegos de rol» se fue de la lengua. Rosado y su colega fueron sorprendidos con los guantes de látex y el paquete de cuchillos. Para justificar su comportamiento, Rosado, que es alto y desmañado como un ave rapaz, dice que tiene 43 personalidades diferentes. El otro pobre chico confesó que el director del juego le tenía dicho que si les cogían debían hacerse pasar por amnésicos o por locos.



Javier Rosado,
el muchacho inteligente.

Cuando le aplicaron a Javier Rosado la escala de psicopatía de Hare, el invento casi echa humo. Las psicólogas de la clínica médico-forense, con rigor y precisión, diagnosticaron a uno de los nuevos visitantes crepusculares: el crimen se llena de psicópatas.

EL PEOR VICIO

Rosado es soberbio. Se cree superior a los demás. Hace uso de su capacidad para aprender y presume de ello en la cárcel, donde cumple 42 años, aunque ya recibe beneficios penitenciarios. Su cómplice tuvo una pena mucho menor, por ser menor de edad penal. Rosado ha cursado tres carreras diferentes: Químicas, Ingeniería Informática y Matemáticas. Es pues un pitagorín excelso que se aburre con facilidad. El resto de la humanidad son seres de una capacidad inferior. Cuando

le encerraron pidió quedarse con su juego para cometer asesinatos, «Razas», al que quizá esperaba añadir alguna mejora.

EMILIO MUÑOZ, LADRÓN DE RICOS

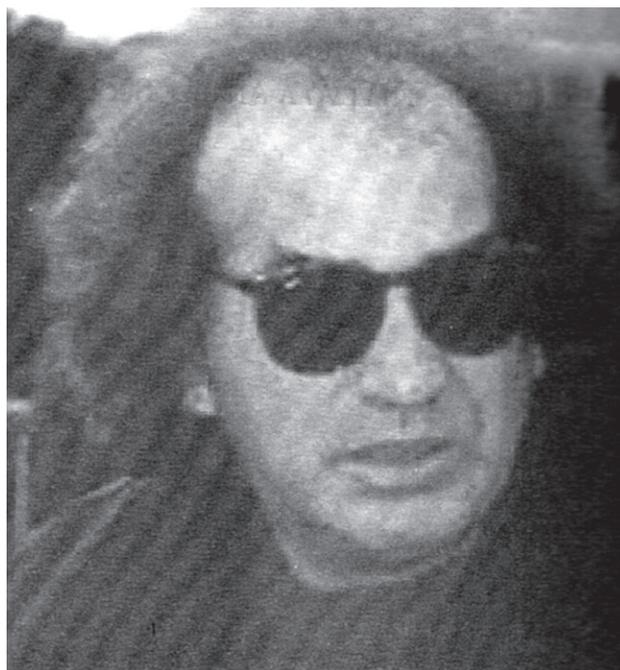
A eso del mediodía, el 12 de abril de 1993, Emilio Muñoz Guadix y Cándido Ortiz, *el Candi*, estaban dándose una vuelta en una furgoneta blanca Ford Courier por las calles estrechas y sin aceras de La Moraleja, la urbanización más exclusiva del norte de Madrid. Los trabajos les iban mal, el dinero escaseaba y en el pecho de Emilio surgía un sentimiento de rencor social. Paseando por aquellas calles de ricos, sentía el deseo de sacarles algo, de hacerles daño, quizá de las dos cosas a la vez. Muñoz Guadix, Emilio *el Facha*, es un tipo con un ego muy desarrollado, de los que se creen más listos que nadie y parecen invulnerables.

De modo que fue surgiendo la codicia en torno a esas mujeres soñadas que viven tras los muros de las grandes mansiones, al fondo de los jardines con césped y piscina, entre los muebles de época o los cuadros de firma. Mujeres hermosas, espigadas y bien vestidas, que huelen a Bulgari o Givenchy, a Loewe o Chanel. Emilio

soñaba febril, mientras conducía *el Candi*, fontanero de escasa fortuna, y juntos pasaron con la furgó blanca, del repartidor en crisis, por delante de la reserva exquisita, dentro de la urba exclusiva, de la que salía un bellezón de mujer, una chica limpia, inteligente e ingenua, con 22 años, cuerpo de modelo y mente privilegiada: Anabel Segura, que abandonaba su casa para hacer un poco de ejercicio. Anabel hablaba cuatro idiomas y cursaba con suficiencia cuarto de Empresariales, aunque parecía simplemente una deliciosa chiquilla con la sudadera ajustada y el walkman en los oídos.

Los dos facinerosos, a la espera del acontecimiento, se dieron cuenta de que aquello era lo que tenía que pasar. Ella era alta, guapa y rubia. Llevaba un chándal blanco y ni siquiera se estremeció cuando paró el vehículo cortándole el paso. Era una de esas mujeres soñadas. Se bajó Emilio, con una navaja, y la intimidó para que subiera a la parte de atrás. La cosa sucedió delante de un colegio, cerca del conserje, con problemas de visión, que no pudo quedarse con ningún dato.

Anabel preguntó en seguida si la iban a violar. Y luego hizo uso de su inteligencia privilegiada para engolosinar a los delincuentes: «mis padres son ricos, pueden daros lo que queráis». Emilio se iba haciendo ilusiones y decidió pedir ciento cincuenta millones de las antiguas pesetas. *El Candi* se dejaba llevar, subyugado en este crimen de grupo, donde el líder, como diría uno de los peritos del caso, tiene una «personalidad psicopática anética y atímica», es decir, sin moral ni sentimiento, por lo que no le costaba nada decirle a la víctima que no le haría daño, que no iba a abusar de ella, mientras



Emilio Muñoz,
obsesionado con
los poderosos.

emprendían un largo trayecto, sin rumbo fijo, por la sierra, entrando en Segovia y Ávila, hasta volver hacia Toledo, a Numancia de la Sagra, directos a una fábrica abandonada.

EL PEOR VICIO

Emilio se estaba quedando calvo. Lo superaba ejerciendo un poder despiadado. A su mujer Felisa García, *la Churrera de Pantoja*, la tenía sometida, como a sus muchos hijos. Ella se dio cuenta de que la agitación de su marido tenía que ver con el secuestro de Anabel. Cuando se celebró el juicio, tras dormir en el coche en una fría calle de Toledo, conseguí entrar el primero en la sala de audiencias, para verlos bien de cerca. Todavía guardo el número uno. Emilio tenía esa mirada de abismo, la que vio morir ahorcada a Anabel, en el terror

y la injusticia. *El Candi* miraba con angustia, como si estuviera ahogándose. Le cayeron cuarenta y tres años de cárcel a cada uno.

ANTONIO ANGLÉS, EL HOMBRE QUE NUNCA EXISTIÓ

La gente le culpa sin haber sido juzgado. Desde la captura de Miguel Ricart, el único condenado por el triple crimen de Alcácer, nadie ha vuelto a ver a Antonio Anglés Martins. Sin embargo, todo el mundo da por hecho dos cosas imposibles de asegurar: una, que está vivo; otra, que fue el autor principal de los asesinatos.

Anglés es un camaleón psicopático. Capaz de confundirse con el paisaje. La mayor parte de su vida ha vivido de negocios turbios. Le culpan de haber participado en atracos como instigador y ser proveedor de sustancias ilegales. Ha entrado y salido de las cárceles y cuando se produjo el secuestro de Miriam, Toñi y Desirée, él estaba en una situación irregular, después de no haber vuelto de un permiso penitenciario.

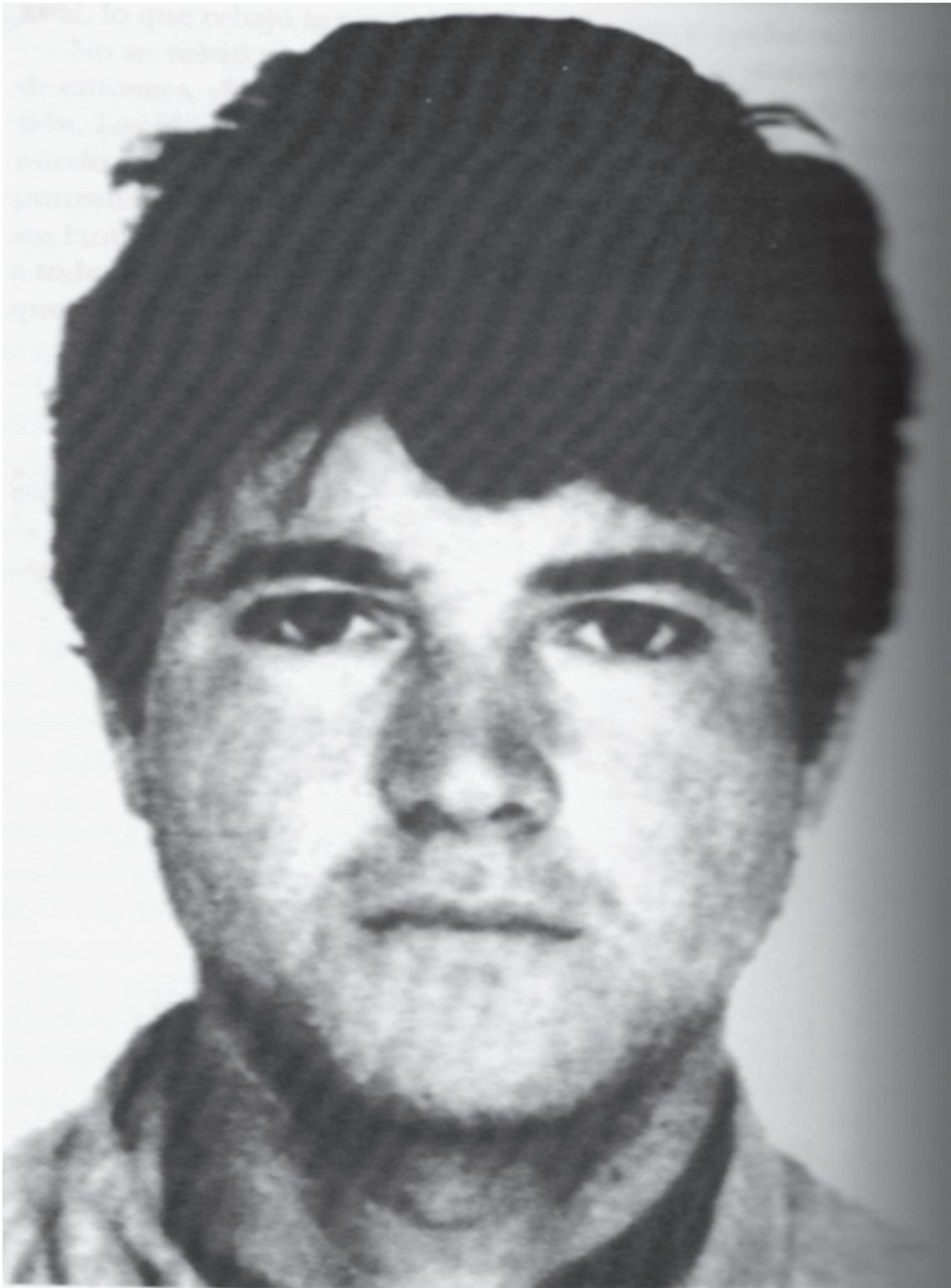
Las niñas desaparecieron el 13 de noviembre de 1992, cuando se dirigían a una discoteca. Es posible que las recogiera un coche blanco en el que viajaba Ricart y tal vez Anglés. Sus cadáveres enterrados en el paraje de

La Romana, cerca de la presa de Tous, fueron hallados el 27 de enero de 1993. Poco después se supone que salió huyendo Antonio Inglés Martins, nacido el 25 de julio de 1966, en Sao Paulo, vecino de Catarroja, Valencia.

Con posterioridad dicen que lo vieron en una peluquería céntrica donde se tiñó el pelo de rubio y que estuvieron a punto de detenerlo no sé cuántas veces. Surge la leyenda del delincuente mundano capaz de cruzar España y burlar los controles de la Guardia Civil. Pues bien, ese delincuente sabio, equilibrista de circo, que tuvo que saltar desde su casa acorralada por los guardias, maestro del disfraz, que se hizo con varios vehículos camino de Lisboa, capaz de deslizarse sin llamar la atención y acabar colándose de polizón en un barco rumbo a Irlanda, ese Inglés mítico, el hombre más buscado de España, nunca existió. Es un invento periodístico.

Es mentira que Inglés hable dos idiomas, español y portugués, aunque es verdad que se expresa en una jerga vulgar con mezcla de las dos lenguas. Es mentira que consiga vestir de una forma adecuada para pasar desapercibido, porque lo hace de forma tan llamativa y marcada que se nota a kilómetros que se trata de un pequeño fanfarrón, relacionado con el trapicheo y el tráfico. Por otro lado, carece de experiencia para cruzar fronteras, porque no ha salido jamás de sus dominios de Catarroja, donde sí era un reincidente conocido por su determinación y crueldad.

Entonces, ¿por qué lleva tanto tiempo en paradero desconocido? Porque probablemente sea cierto lo que dijo su compañero Ricart en el juicio: «Me temo que An-



Antonio Anglés, el curioso desaparecido.

glés esté muerto.» Seguramente le mataron para quitar de en medio un eslabón comprometedor en la cadena de los tres asesinatos. Quizá a Antonio Anglés lo mataron los mismos que acabaron con las niñas, aunque eso no indica que no participara en el secuestro, tortura y matanza de las pequeñas.

EL PEOR VICIO

Anglés, alias *Asukiki*, maltrataba a su propia madre, según denuncias de esta. Antes del secuestro de las niñas de Alcácer, encadenó a una joven a la que golpeó y sometió a todo tipo de vejaciones y presiones por una supuesta cantidad de dinero que le adeudaba. El episodio tuvo lugar en el anterior domicilio de los Anglés, en la calle Colón de Catarroja. Aunque estaba en flagrante quebrantamiento de condena cuando murieron las niñas, nadie fue en su busca antes del rapto. Anglés ha dejado una estela de comportamientos psicopáticos.

9

JOAQUÍN VILLALÓN DÍEZ, UN CLIENTE DE LUJO

A veces, el asesino siente la necesidad de vestirse de mujer, de transformarse. Este es un travesti del crimen que se excita según se pone las braguitas, las medias, el sujetador con el relleno, el vestido y la peluca. Es un delincuente sexual egodistónico, que no se acepta a sí mismo, con un alto grado de sadismo, narcisismo y fetichismo. Su primer asesinato como transexual lo comete en la persona de otro hombre travestido, Carmen, que en realidad se llamaba Darío José y subía amigos a casa. Joaquín conectó con él en los ambientes de prostitución que frecuentaba y lo encontró ideal para practicar su ejercicio más excitante: transformarse en mujer. Justamente cuando estaba en plena faena, fue víctima del macabro humor de su víctima que dejó entrar en el piso a una adolescente que pudo contemplar estupefacta cómo aquel hombre como un castillo se había convertido en la reina de la noche.

Joaquín se enfadó muchísimo y echó fuera a la chica. En seguida se quitó la ropa femenina y se enfundó su traje elegante, de corbata cara y zapatos como espejos. Era lo que los pájaros de la madrugada llaman «un cliente cartier». Siempre bien vestido, provisto de un paquete de dinero, con suaves formas y cuidadas maneras. Acostumbrado a las mejores cosas de la vida, como las que vende la lujosa marca francesa.

En ese papel viril reprochó a Carmen su indiscreción y le mojó el rostro con un spray antiatracos. El transexual se ahogaba con la mucosa irritada, los ojos llorosos y la piel enrojecida. Durante unos instantes perdió el sentido y se sintió incapaz de defenderse.

Joaquín Villalón aprovechó aquello para atarle el torso con una cadena y arrastrarlo hasta el cuarto de baño. Allí le cubrió las piernas con telas y otros elementos inflamables a los que prendió fuego. Carmen comenzó a abrasarse mientras continuaba su desmayo, en su casa del paseo de la Habana, de la que empezaban a salir enormes llamas rojas.

El agresor aprovechó para huir tras robarle un aparato de vídeo. Era el 27 de septiembre de 1992 y falleció sin recuperarse de las quemaduras el 23 de enero de 1993.

Joaquín Villalón había conocido otros compañeros de juegos. Uno, llamado Joanna, le recibió en su casa apenas unos días después de prenderle fuego a Carmen. En el transcurso de su encuentro, lo golpeó en la cara hasta dejarlo inconsciente y luego lo trasladó a la bañera, donde metió su cuerpo sumergido en el agua, y lo estranguló. Él no lo confiesa, pero es

Villalón,
un hombre
distinguido y educado.



probable que como otros sádicos extrajera de esto placer sexual.

Villalón presionó a Joanna para sacarle el número secreto de su cuenta antes de matarle. Y luego le robó una televisión, un vídeo y la tarjeta del banco. Sabía que tenía tres millones en ahorros y trató de apoderarse de ellos hasta que fue detenido.

EL PEOR VICIO

Este psicópata combina un trastorno antisocial de la personalidad y una debilidad aberrante por los juegos de sexo. Ya en 1984 fue condenado por la Audiencia Nacional a diecisiete años por el asesinato, con descuartizamiento, de su entonces compañera sentimental, Francisca, lo que hizo en Andorra el 22 de julio de 1981. La Policía sospechó de lo limpio que dejó el piso

con lo desordenada que era Joanna, y en seguida tuvo la pista: el asesino seguía sacando dinero del cajero con la tarjeta del muerto. Lo atraparon allí mismo.